



# The Episcopal Diocese of Long Island

BROOKLYN • QUEENS • NASSAU • SUFFOLK

## **Sermón para el tercer Domingo de Pentecostés**

**17 de Junio, 2020**

**Reverendísima Geralyn Wolf**

**Obispa asistente de Long Island**

La lectura del evangelio de Mateo esta mañana nos revela el costo del discipulado.

Nos llama a reconocer a un maestro que es el Dios Trino. Los discípulos, en general, se unen a un solo maestro. Es como un sistema de aprendizaje. Una relación así entre maestro y alumno, como rector y asistente. El asistente aprende del rector y a su vez se convierte en rector y forma a otros seminaristas o asistentes.

Ponerse bajo la tutela del maestro exige fidelidad, respeto y devoción a sus enseñanzas y a su forma de vida. Cuando se trata de seguir a Jesús, no está limitado en el tiempo, como en los ejemplos que acabo de mencionar. Si Jesús es nuestro maestro y elegimos ser su seguidor, entonces debemos atarnos a él y dejarnos formar por sus palabras y sus actos. En el libro *Mere Christianity*, C.S. Lewis escribió, "La Iglesia no existe para nada más que para atraer a la gente a Cristo".

Esto se ejemplifica en el evangelio con un ejemplo bastante desconcertante: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí".

Jesús no está rechazando la familia ni está llamando a sus discípulos a deshonorar al padre o la madre, pero está claramente estableciendo el costo del discipulado. Jesús está formando la nueva comunidad, una comunidad de creyentes. "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" Señalando a

sus discípulos, Jesús dijo: "Quien hace la voluntad de mi Padre en el cielo es mi hermano, hermana y madre".

En el evangelio de Juan, en el momento de la crucifixión, leemos: "Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo que amaba de pie junto a ella, dijo a su madre: 'Mujer, aquí tienes a tu hijo'. Entonces dijo al discípulo (Juan): "Aquí está tu madre".' Una vez más, tenemos la formación de una nueva comunidad: "A partir de esa hora el discípulo la llevó a su propia casa."

La nueva comunidad no es por sangre sino por el bautismo: morir en Cristo y resucitar con él en su resurrección. "Aquellos que pierdan su vida por mi causa", dice Jesús, "la encontrarán".

Dependemos unos de otros. Necesito tu máscara para proteger mi vida. Contigo, puedo atravesar mi desesperación y descubrir esperanza. Tu fe inspira la mía, y mi cruz es soportable porque no necesito llevarla solo.

Ser discípulo de Jesús es unirse a aquellos que también lo reclaman como su maestro, y juntos dar testimonio de su mensaje de salvación.

El desafío esencial de la vida cristiana es dejar progresivamente todo lo que nos impide vivir y seguir a Jesús. Es una llamada a una vida de sacrificio, de recoger nuestras heridas y sufrimientos y a través de ellos aliviar la enfermedad y los sufrimientos de los demás. Es una invitación a estar agradecidos por lo que Dios nos ha dado y en espíritu de gratitud a contribuir a las necesidades de los demás. Jesús sabía que no podíamos hacerlo solos, sino con el apoyo y el afecto mutuo de los compañeros de camino.

En este tiempo y lugar creo que Jesús está llamando a la humanidad a reconocer las formas en que hemos construido nuestras vidas y nuestras sociedades, y especialmente a aquellos que dicen ser sus seguidores.

Vemos más claramente que muchas de nuestras acciones han destruido a gente justa, bien intencionada, inocente y fiel. Es como si estuviéramos

siguiendo a Belcebú, un gran demonio a veces llamado el diablo. Hemos estado tentados a juzgar a otros con dureza, falsedad y demasiado rápido. Hemos sido impulsados por los males de inseguridad, codicia y miedo, y la idea de que somos los árbitros de lo que es bueno y lo que es malo.

Solo porque creo que es correcto, no lo hace así. No soy mi propio amo. Soy un seguidor de Jesús, el Cristo, el que salva.

Creo que Jesús nos pide ahora a nosotros, sus discípulos, que lo reconozcamos ante los demás en medio de los tiempos actuales, que digamos su palabra y hagamos sus obras con convicción y sin miedo.

Jesús respetaba a todos los seres humanos: la mujer del pozo que tenía cinco maridos; al joven rico que seguía su propio camino; la mujer sorprendida en adulterio; los discípulos que no lo reconocían; y al hombre crucificado junto a él, entre muchos otros.

Como nación, seguimos intentando negar y contener nuestros problemas sistémicos.

Gracias a la valentía de Darnella Frazier, la joven que realizó un vídeo sobre el horrible uso de la fuerza policial en Minneapolis, y las protestas de miles y miles de personas que todavía están presenciando en las calles de nuestras ciudades y pueblos, la obra del Maligno ha quedado expuesta, una vez más, y debe ser denunciada.

El racismo es obra de Belcebú, y depende de nosotros eliminar el mal de nuestros sistemas: nuestros sistemas de educación, empleo, vivienda, narración de la historia, economía y la forma de impartir justicia.

Ahora, volvamos nuestra mirada a la llegada del reino de Dios cuando toda la creación de Dios sea respetada, nutrida y sostenida, y donde el miedo ya no exista. Dios nos está diciendo que debemos trabajar para crear su reino ahora. No nuestro reino—el reino de Dios—aquí en la tierra. Día a día, semana a

semana, decimos la oración del Señor, "Venga tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo". Eso solo puede suceder cuando estamos dispuestos a enfrentarnos a la muy visible y venenosa maleza en nosotros mismos y en nuestra vida común, y cuando pedimos a Dios que revele nuestros pensamientos ocultos e inconscientes que pueden ser tan devastadores. Este es el costoso trabajo que tenemos por delante.

El problema del mal en el mundo, a escala cósmica, lo tratará Jesús al final de los tiempos, cuando el mal será vencido para siempre. Pero los discípulos de Jesús deben erradicar el mal ahora.

Vemos los carteles, escuchamos los testimonios, hemos visto los videos. Los manifestantes de todos los colores, credos y entornos están brillando la luz. "No hay nada que esté encubierto que no vaya a ser descubierto, y nada secreto que no vaya a ser conocido". En nuestro corazón, a pesar de algunos percances y algunos malcontentos maliciosos, sabemos que hablan claramente de lo imperativo de cambiar nuestras relaciones raciales.

Recientemente alguien me preguntó: "¿Es optimista que finalmente estamos saliendo de los peores momentos del racismo?" No usaría la palabra "optimista", pero tengo esperanzas.

El trabajo duro comienza cuando la marcha termina y los medios de comunicación guardan sus cámaras, y pensamos, falsamente, que la vida podría volver a la normalidad. No se puede.

Somos los discípulos de Dios en la tierra, y necesitamos hacer los cambios necesarios en nuestra sociedad. Jesús no vino a hacer las paces con el Diablo, sino a tomar la espada a las injusticias de irrespeto y el sentido de superioridad.

En el libro de Deuteronomio Dios dijo: "Cuando todas estas cosas te hayan sucedido, bendiciones y maldiciones que he puesto delante de ti, si las recuerdas....y vuelves al Señor tu Dios...entonces el Señor tu Dios restaurará tu

fortuna y tendrá compasión de ti...Mira que he puesto delante de ti, vida y muerte, bendiciones y maldiciones. Escoge la vida, para que tú y tus descendientes vivan, amando al Señor.”

En el segundo discurso inaugural de Abraham Lincoln dijo estas conocidas palabras:

“Con malicia hacia nadie, con caridad hacia todos, con firmeza en lo correcto, como Dios nos ha permitido ver lo que es correcto, esforcémonos en terminar la obra en que nos encontramos, para vendar las heridas de la nación.”

Esta es nuestra tarea de hoy.